RESUMEN COMPLETO

Imagínate a un rey. Tiene de todo. Y lo dejan solo en una habitación, sin música, sin consejeros, sin nada que hacer. Solo él y sus pensamientos.

Según Pascal, ese rey es un hombre lleno de miserias.

Ojo, que no lo dice por maldad. Lo dice porque cree haber encontrado por qué casi nadie soporta quedarse quieto consigo mismo. Hoy toca «Pensamientos», un libro que su autor dejó sin terminar, escrito en papelitos, y que más de trescientos cincuenta años después sigue sabiéndose tu vida mejor que tú. Quédate hasta el final, porque la apuesta más famosa de la filosofía llega en un rato.

Primero, una aclaración. «Pensamientos» no es un libro al uso. Pascal quería escribir una gran defensa de la fe cristiana y se murió antes de armarla. Lo que quedó fueron notas sueltas, unas cortas como un refrán y otras largas como un discurso, ordenadas en legajos. Cuando las pegaron y encuadernaron, el orden original se alteró varias veces. Por eso cada edición lo coloca a su manera.

Aun así, entre tanto fragmento se ve una idea. El ser humano es a la vez miserable y grande, y no puede salir solo de esa contradicción. Esa contradicción es el punto de partida de todo el libro. De ahí sale la conclusión que cierra la primera parte: hay que buscar a Dios.

Vamos primero con el hombre que escribió esto, porque su vida explica casi todo.

Blaise Pascal nace el 19 de junio de 1623 en Clermont, en Auvernia. Con tres años pierde a su madre. Su padre, Étienne, se encarga de educarlo y de sus hermanas, y se los lleva a París, donde frecuenta a matemáticos y a libertinos.

Y el niño resulta ser un prodigio. Con once o doce años ya escribe un tratado sobre los sonidos. Con diecisiete publica un ensayo sobre las cónicas. A los diecinueve se pone a fabricar una máquina de calcular, la famosa pascalina. Hace experimentos sobre el vacío, discute con Descartes en persona y sube un barómetro al Puy-de-Dôme para comprobar una hipótesis. Un científico de los buenos.

Pero a la vez le pasan dos cosas. Una, la enfermedad, que lo acompaña casi toda su vida. Otra, que en 1646 los hermanos Deschamps pasan tres meses en casa de los Pascal y convierten a toda la familia. Desde ahí se acerca cada vez más a Port-Royal, el centro jansenista, donde su hermana Jacqueline acabará entrando como monja.

Luego viene la noche del 23 de noviembre de 1654. Entre las diez y media y las doce y media escribe un papel que empieza con una sola palabra: «Fuego». Habla del «Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob», no de los filósofos y de los sabios. Y repite: certeza, sentimiento, alegría, paz. Ese papel lo cose en el forro de su camisa y lo lleva encima ocho años, hasta que lo encuentran después de su muerte. Lo coserá y descoserá cada vez que cambie de traje. Guarda eso, porque luego tiene mucho que ver con lo del corazón.

Después, las Provinciales, sus cartas polémicas contra los jesuitas, la geometría de la cicloide, y hasta un invento de transporte colectivo en París, las «carrozas a cinco sueldos». Y el 19 de agosto de 1662, con treinta y nueve años, muere. Un hombre que lo midió todo, el aire, los líquidos, los números, y que al final escribió sobre lo único que no se deja medir.

CAPÍTULO 1: EL HOMBRE ENTRE DOS INFINITOS

El libro empieza por ponernos en nuestro sitio. Y no con un sermón, sino mirando.

Pascal te pide que mires el universo entero, ese sol que parece una lámpara eterna, y que veas que toda la vuelta que da no es más que un punto. Y que luego imagines algo más allá, porque la imaginación se cansa antes de que la naturaleza se acabe. Es una esfera cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna.

Hasta aquí, bien. Ahora el giro: mira hacia abajo. Coge un bichito minúsculo, un ácaro. Tiene patas, las patas tienen venas, las venas tienen sangre, la sangre tiene gotas, las gotas tienen vapores. Sigue dividiendo. Dentro de la partícula más chica Pascal ve universos enteros, cada uno con su firmamento y sus planetas.

¿Y tú? Una nada comparado con el infinito, un todo comparado con la nada, un punto medio entre las dos cosas. Ni llegas a ver el principio ni el final.

Pascal lo remata con algo muy cotidiano. Nuestros sentidos no soportan los extremos: demasiado ruido ensordece, demasiada luz deslumbra, demasiada distancia o demasiada cercanía impiden ver. Con la inteligencia pasa igual. Conozcamos, dice, nuestro alcance. Somos algo, no somos todo.

CAPÍTULO 2: LA MISERIA, O CÓMO NOS ENGAÑAMOS

Aquí viene la parte de la que más se habla, y es donde Pascal se pone a desmontar los trucos con los que vivimos.

La imaginación. La llama maestra de error y de falsedad. Lo más tramposo es que no avisa: lo verdadero y lo falso le salen con la misma cara. Y atento, que no habla de los locos, habla de los cuerdos. La imaginación no los hace más sensatos, pero

sí más felices que la razón. Por eso la gente que se vende con aplomo gana tantas veces a la que tiene razón pero lo dice con miedo.

La costumbre. Pascal se pregunta qué son nuestros principios naturales, si no son principios habituales. Cambia la costumbre y cambian lo que sentimos como natural.

El amor propio. Este me parece de los más finos. El yo quiere ser grande y se ve pequeño, quiere ser perfecto y se ve lleno de defectos. ¿Y qué hace? Odia la verdad que le muestra todo eso. Si no puede destruirla, la tapa, y no solo ante los demás, también ante sí mismo. Y eso, dice Pascal, es una desgracia mayor, porque a los defectos se suma una ilusión voluntaria.

La diversión. Es el centro de todo el capítulo. Mira al hombre que va a cazar jabalíes. ¿Quiere la liebre? No: quiere no pensar. Y el cargo importante es lo mismo, una agenda hecha para que no te quede una hora a solas. Por eso el rey solo en su habitación es desdichado. Lo resume así: sin diversión no hay alegría, con diversión no hay tristeza.

Y para que no nos creamos tan dueños de nuestra cabeza, dos cositas. Una mosca que zumba basta para que el gran juez del mundo no pueda razonar. Y la nariz de Cleopatra: si hubiera sido un poco más corta, habría cambiado la faz de la tierra.

La justicia. Aquí Pascal se ríe con ganas. Un río la limita, verdad a este lado de los Pirineos y error al otro. Tres grados de latitud revuelven toda la jurisprudencia. Y cuando razona sobre la fuerza, lo deja así: la justicia sin fuerza es impotente, la fuerza sin justicia es tiránica. Como no se consiguió que lo justo fuera fuerte, se acabó haciendo que lo fuerte fuera justo.

Y sobre Montaigne, al que lee de cerca, dice cosas curiosas: que él no encuentra en Montaigne lo que ve ahí, sino en sí mismo, pero también que su manera de pensar la muerte, tan blanda y tan pagana, no se puede excusar.

CAPÍTULO 3: LA GRANDEZA

Pero si el libro acabara ahí, sería un retrato muy triste. Y no acaba.

Porque Pascal da la vuelta con una frase que se ha hecho famosa: el hombre no es más que un junco, el más débil de la naturaleza, pero es un junco pensante. No hace falta que el universo se arme para aplastarlo, le basta un vapor, una gota de agua. Pero aunque el universo lo aplastara, el hombre sería más noble que lo que lo mata, porque sabe que muere. El universo no sabe nada.

Ahí está toda la dignidad, dice, en el pensamiento. No en el espacio que ocupas ni en las tierras que tengas. Por el espacio, el universo me engulle como un punto. Por el pensamiento, yo lo comprendo.

Y lo mejor viene con una comparación simple: un árbol no se sabe miserable. Saber que se es miserable es ser miserable, sí, pero saber que se es miserable es ser grande. Sus miserias, escribe, son las de un gran señor, las de un rey desposeído. Una casa en ruinas no sufre.

Y hasta nuestra mayor bajeza, la sed de gloria, es señal de excelencia: ni con todo lo que tengas te quedas tranquilo si los demás no te estiman.

CAPÍTULO 4 Y SEGUNDA PARTE: BUSCAR A DIOS

Con las dos caras sobre la mesa, la conclusión es que no nos podemos arreglar solos. Hay que buscar a Dios.

Y aquí Pascal se mete con los filósofos. Los dogmáticos creen saberlo todo, los pirrónicos lo dudan todo. Pero advierte algo muy suyo: el pirronismo se fortalece porque hay gente que no es pirrónica, porque su debilidad se ve más en quienes no la reconocen. Y él mismo cuenta que se pasó media vida creyendo que había una justicia, y que al ver cómo todo cambia de país en país, acabó confiándose de menos cosas.

¿Y Dios? Pascal dice que las Escrituras hablan de un Dios escondido. Si se viera con la evidencia del mediodía, no habría nada que buscar. Pero si buscas con todo el corazón, hay señales. En vez de quejarte de que se haya escondido, dice, agradece que se haya descubierto tanto. Y, además, no pretende imponerse: la religión se pone en el espíritu con razones y en el corazón con gracia. Por la fuerza y las amenazas, lo que se mete no es religión, es terror.

LA APUESTA

Y por fin, el plato fuerte.

Pascal parte de algo: Dios, si existe, es infinitamente incomprensible, porque no tiene ni partes ni límites. La razón, por sí sola, no decide nada. Entre «existe» y «no existe» hay un caos infinito, y en ese extremo se juega a cara o cruz. Y no puedes quedarte sin jugar: dice «estás embarcado».

Entonces, ¿a qué apuestas? Dos cosas se pueden perder, la verdad y el bien. Dos se pueden comprometer, la razón y la felicidad. Si apuestas a que Dios existe y ganas, ganas todo. Si pierdes, no pierdes nada. Y lo que juegas es finito, mientras que lo que puedes ganar es una vida infinitamente feliz. Así que, argumenta, no hay que vacilar.

Ahora, la objeción que él mismo pone en boca del otro: «bien pero yo no puedo creer». Y su respuesta es lo más humano de todo el pasaje. No te esfuerces en acumular pruebas, esfuérzate en bajar tus pasiones. Mira a los que han estado

atados como tú y ahora apuestan todo. Imita lo que ellos hacen. ¿Qué tienes que perder? Y asegura que incluso en esta vida vas a ganar: serás fiel, honrado, humilde, agradecido, amigo sincero.

Y fíjate en cómo termina: si el discurso te parece de peso, sabe que lo hizo un hombre que antes se arrodilló.

EL CORAZÓN

Y el último ladrillo es el corazón. Una de las frases más citadas del libro: el corazón tiene sus razones, que la razón no conoce. Se ve en mil cosas, dice.

Para Pascal, a Dios lo siente el corazón, no la razón. Y la fe es un don, no un resultado de razonar. El corazón tiene su orden, el espíritu el suyo. No demuestras que mereces ser amado enumerando causas, eso sería ridículo. Y por eso, dice, Jesucristo y san Pablo quieren inflamar, no informar. Dice también que somos tanto autómata como espíritu, y que la costumbre inclina al autómata. Por eso cuenta lo que hacemos tanto como lo que pensamos.

Si me preguntas qué se queda de «Pensamientos», te digo esto. Pascal no te pide que dejes de pensar. Te pide que pienses bien, que de eso depende la moral, y que sepas dónde se acaba tu razón. Que te mires sin distracciones, aunque cueste. Que no confundas lo que dicen tus ganas con lo que dice tu corazón. Y que, si te pesa la miseria, recuerdes que sentirla ya es una forma de grandeza.

Un rey sin corona que se sabe rey. Eso somos, según él. Un junco, pero uno que piensa.